

La Puerta Transparente



Fernando Olavarría Gabler



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual Nº 25490. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

La Puerta Transparente

Fernando Olavarría Gabler

Era verano y la noche calurosa no dejaba dormir a Federico. Por la ventana entraba una brisa tibia y a lo lejos se oía el ruido de los sapitos de una fuente vecina.

¡Qué calor!

Decidió levantarse y caminar por el jardín.

Mientras se paseaba recogió algunos guijarros que brillaban a la luz de la Luna. El niño recordó con nostalgia todas las aventuras que había vivido tiempo atrás. Iré a visitar a los sapos, dijo y se encaminó hacia el charco. Observaré las estrellas y la Luna reflejadas en el agua.

Los sapitos seguían cantando e inflaban sus gargantas.

"Prrit tit tit trit tit tit tit..."

Después, todo era silencio, sólo se oía el ladrido lejano de unos perros. El niño se sentó en la orilla y con las manos en las mejillas



se quedó largo rato contemplando la negra superficie de la fuente.

- ¿Por qué estás triste? Oyó decir a unas voces. Eran los sapitos que lo estaban observando.

- Porque estoy aburrido, no tengo sueño y hace mucho calor, contestó Federico.

- Pobre niño aburrido, le respondieron; te cantaremos una canción. Diciendo esto se tomaron de las manos y comenzaron a bailar y a cantar.

¡Vivimos en el agua y el cieno!

¡Vivimos en el fango y el cieno!

Sin embargo nuestra piel es muy bonita

¿Por qué, por qué será?

Luego se rieron y se zambulleron. Esto alegró a Federico y los sapitos se pusieron a bailar y a cantar nuevamente,

¡Vivimos en el agua y el cieno!

¡Vivimos en el fango y el cieno!

Sin embargo nuestra piel es muy bonita

¿Por qué, por qué niño Federico?

Todos se echaron a reír otra vez y el niño también.

- Dime Federico, gritó un sapo amarillo, ¿conoces "el extraño mundo del Doctor Olavarría?"

El niño se quedó pensativo y después respondió que no lo conocía.

- Pues si no deseas estar aburrido y quieres aventuras, anda hacia allá - dijo el sapo - y se sumergió rápidamente. Luego se asomó y guiñando un ojo, empezó a croar a todo pulmón: *¡La puerta transparente, la puerta transparente, en el claro del bosque!* Y se volvió a sumergir.

A Federico le impresionó todo esto, y decidió no olvidar lo que había dicho el sapo. Como empezaba a tener sueño, se fue a acostar y al poco rato se quedó dormido.

Al día siguiente se levantó temprano, caminó hacia el bosque y se internó en la espesura. La mañana estaba fresca y alegre; las hojas y las flores estaban cubiertas de transparente rocío. Anduvo varias horas por el silencioso paisaje, solamente escuchó el ruido que hizo un animalito cuando huyó presuroso delante de él. Federico nunca había caminado por esos lugares y se dio cuenta de que se había extraviado. Llegó a un claro del bosque y de pronto oyó un maullido en la espesura. Instantes después apareció entre las malezas el gato Fernandín.

- ¡Sorpresa, sorpresa!, exclamó el gato, ¿qué andas haciendo por estos lados?

Federico le dijo que se había perdido y también le contó la conversación que había tenido la noche anterior con los sapos.

No estamos muy lejos de ese lugar, dijo Fernandín; ven, sígueme por este sendero.

El niño siguió al gato y éste lo guió por la espesura hasta llegar a otro claro más grande que el primero.

¡Mira! - exclamó el niño - ¡Ahí está la puerta transparente!

En efecto, en el centro del claro estaba el marco de una puerta que contenía algo que brillaba. Era transparente como si fuera de vidrio o agua. Parecía vibrar y arriba tenía un letrero que decía "Extraño Mundo del Doctor Olavarría. Prohibida la entrada a los que no tienen imaginación".

Federico estaba perplejo. ¡Qué puerta tan rara!, exclamó, y dirigiéndose al gato le preguntó:

- Fernandín, ¿crees tú que yo puedo entrar por ahí?

- Lógico que sí, le dijo el gato, eres un niño y por lo tanto te sobra imaginación.

El niño, entusiasmado, tomó de la mano a su gato y desaparecieron al atravesar la superficie transparente de la misteriosa



puerta.

A Federico le pareció haber pasado a través del hueco de un marco, porque quedó de pie al otro lado de la puerta, en el claro del bosque. El paisaje no había cambiado. Empezó a caminar por un sendero y de pronto se encontró frente a un cordero cuya cabeza era de terciopelo morado y su lana de oro. Al ver al niño, echó a correr y se perdió entre los árboles. Federico decidió seguirlo, pero ya el cordero iba muy lejos para alcanzarlo.

Continuó andando y observó entre las hojas, pequeñas hebras de oro que había dejado el animal en su carrera. Siguió el rastro un buen trecho, hasta que una luz celeste proveniente de un árbol le llamó la atención. Al aproximarse descubrió que la luz era fluorescente y venía de la cola de una hermosa ardilla celeste que se restregaba las mejillas con sus patitas.

-¡Qué frío tengo! - decía -¡qué pensará el Señor Duque si me



ve tan pálida!

- Buenos días, saludó el niño. La ardillita lo miró asombrada, con sus hermosos ojos de largas pestañas, luego sonrió y dijo:

- Qué lindo vestido tienes niño. Dime ¿estoy muy pálida? Y diciendo esto, se puso nuevamente a restregarse con rapidez sus mejillas.

- No ardillita, dijo el niño tímidamente, no estás pálida sino más bien algo celeste.

- ¡Oh! ¡celeste! Si soy así, dijo la ardilla sonriendo. Mira, ¿te gusta mi cola?, y al decir esto, la tomó con sus manitos y escondió su cara en ella.

- ¡Es una cola muy bonita y luminosa!, exclamó el niño. ¿Cómo te llamas, ardillita?

- Mi nombre es María Cristina, dijo la ardilla.

- Es muy hermosa, pensó Federico, y sintió deseos de

acariciarla y darle un beso en su aterciopelada carita. Qué suave debería ser.

- Y tú, niño, ¿cuál es tu nombre y qué andas haciendo por estos lados?

- Me llamo Federico, dijo el niño, y ando detrás de un cordero de oro.

- ¡Ah!, dijo la ardilla, debe ser Crispín al que te refieres. Es tan tímido ese cordero de la Reina. Dime, ¿irás a la fiesta que habrá en la corte? Allá estará el Duque. Después suspiró hondamente. ¡Ah!... El señor Duque de Corazón Naranja. Adiós niñito, tengo que ir a echarme polvos y a perfumarme, y dando un salto desapareció por el hueco de un árbol.

Recién entonces Federico se dio cuenta de que su amigo el gato no lo acompañaba y ahora estaba solo en este mundo extraño. Como no sabía hacia dónde ir, tomó el primer sendero que encontró;

éste se dividió en dos ante un poste que señalaba "Al castillo de Naipes". El niño siguió la señalización y pronto el bosque terminó en una duna de arena. A lo lejos se veía un castillo de paredes rojas y azules. Después de caminar un buen rato por la fría arena, llegó frente al extraño edificio. Tenía largos pasillos, todos iluminados con lámparas de bronce que colgaban del techo. Las paredes estaban formadas por grandes cartas de naipes. Este debe ser el Castillo de los Naipes que indica el letrero, pensó el niño. Vamos a explorarlo. Se introdujo por uno de los pasillos y empezó a caminar y a silbar distraídamente mientras iba observando las imágenes de los naipes. En esto estaba, cuando oyó voces que venían del otro lado de la pared.

- No tenías por qué comerte mi reloj- decía indignada una de las voces - yo estaba conversando contigo solamente.

Como única respuesta se oyó un ¡Glup...Glup...! Como si alguien tuviese algo atascado en la garganta.



Dime, dime, ¿quién te enseñó estos pésimos modales? Federico, que escuchaba la conversación, empezó a reírse por las narices. Las dos voces se callaron un rato y después hubo un cuchicheo. El niño, que estaba lleno de curiosidad, descubrió una rendija y pudo mirar a través de la pared. Al otro lado había una galería similar a la que estaba él. Las voces correspondían a una avestruz y a un empresario de circo. Este último, estaba inclinado mirando por otra rendija hacia el pasillo donde se hallaba el niño y la avestruz, situada detrás de él, miraba atentamente uno de los relucientes botones de su levita.

- ¡Cuidado!, exclamó Federico, pero ya la avestruz le había dado un picotazo al botón y se lo había tragado. El empresario dio un grito y se volvió encolerizado con los puños en alto. ¡Otra vez! ¡Estúpida! ¿No te das cuenta de lo que haces? ¿Qué va a decir el señor Duque de tu comportamiento?

La avestruz puso cara triste y escondió su cabeza en un bolsillo de la levita del empresario.

- ¡Basta! - gritó el viejo - no te soporto. ¡No te quiero!

Federico se enojó ante la actitud del hombre hacia el cariñoso animal y agrandando el agujero asomó la cabeza y dijo:

- No la trate así, seguramente debe tener mucha hambre.

El empresario se quedó observándolo asustado y también la avestruz (que había sacado la cabeza del bolsillo). Luego, mirándose las caras, dieron media vuelta y echaron a correr a toda velocidad perdiéndose ambos al final del largo corredor.

Qué extraña gente es esta, pensó Federico, parece que les causé mucho susto. ¿Nunca habrán visto a un niño?, y encogiéndose de hombros continuó explorando el raro edificio.

Al llegar al final de la galería encontró una puerta. Atisbó por el agujero de la cerradura y vio que al otro lado había una sala

iluminada.

Como nadie había allí, abrió la puerta y entró. La sala era circular y sus paredes estaban formadas por otras tantas puertas, iguales a la que había cruzado. El niño se quedó perplejo e indeciso, ¿qué hacer? No se le ocurrió otra cosa que mirar a través de otra cerradura. Al otro lado había una galería y de una esquina aparecieron el empresario y la avestruz que avanzaban sigilosamente en puntillas. Federico corrió a su puerta y se escondió cerrándola nuevamente. Instantes después aparecieron los dos. Llegaron al centro de la sala y se pusieron a escuchar.

- ¿Lo has visto?, preguntó el empresario.

Como única respuesta, el avestruz escondió la cabeza debajo de un ala.

- Déjate de estar ofendida conmigo ahora que estamos en este problema, la retó el empresario. No es para que te aflijas tanto.

Federico estaba muy entretenido y poniéndose las manos alrededor de la boca gritó a todo pulmón: ¡Aquí estoy...!

Hubo un instante de pánico y los dos personajes abrieron otra puerta y echaron a correr.

Federico se rió bastante del susto que les había causado y continuó inspeccionando las misteriosas puertas. Una de ellas estaba semiabierta y por ella se escurría un denso humo blanco. Decidió entrar y al abrirla salieron nubes de vapor caliente que le impidieron ver lo que había adentro. Sofocado, continuó internándose en ese túnel, a tientas, tocando las paredes con las manos. De pronto encontró algo delante de él, como el hocico de un gran animal. El niño sintió miedo al principio pero se tranquilizó al oír a alguien que, después de suspirar, decía: "Pueda ser... Pueda ser que baje algunos kilos... En realidad estoy muy gordo". Hubo una pausa y luego exclamó: Alguien me ha tocado la nariz. ¿Quién está ahí? Se oyó un chirrido y el vapor

de agua disminuyó. Entonces el niño pudo ver que, delante de él, sentado en un taburete, un gran hipopótamo transpiraba abundantemente.

- ¡Oh!, dijo el hipopótamo, secándose la frente con una toalla, ¿tú también quieres adelgazar?

- No, dijo el niño, sólo entré por curiosidad.

- Ah... Yo tengo que ir a la fiesta de esta noche y estoy demasiado gordo. A ver niño, si eres bueno... Sécame el sudor de la espalda.

Así lo hizo Federico y el enorme animal agradeció con voz muy lánguida este favor.

- ¿Dime, vas a ir a la fiesta?

- No, no me han invitado, contestó el niño.

- ¡Hum, hum...! Exclamó el hipopótamo, anda a la casa del Abogado Enérgico y pídele una tarjeta de invitación a nombre mío.



Federico le dio las gracias y preguntó cómo podría llegar allá.

- Sal por esa puerta, ahí te encontrarás con mi secretaria.

Adiós, nos veremos esta noche.

El niño se despidió y al abrir la puerta, se encontró en una sala donde había una hermosa piscina de azulejos con agua tibia y muy clara. En la orilla había un loro, en un atril de metal y nadando bajo el agua estaba una hermosa foquita de color azul oscuro.

- ¡Enriqueta! ¡Enriqueta! ¡Te buscan!, gritó el loro cuando vio entrar a Federico.

La foca asomó la cabeza sonriendo y relamiéndose los bigotes le dijo al niño:

- ¡Hola! ¿Tienes un arenque?

El loro se puso a reír a carcajadas ante la pregunta de la foca. La foquita estornudó y batiendo sus aletas dijo nuevamente al niño:

- Quiero un arenque con sal y un poco de mostaza.

El loro al oírla, dejó de reírse y mirándola indignado le dijo:

- ¡Mostaza! ¡Mostaza! ¿No sabes que da dolor de estómago, foca desvergonzada?

El niño, extrañado ante la actitud del loro, le preguntó qué tenía de malo comer arenques con mostaza, por lo demás era probable que quedaran muy sabrosos así. El loro se puso a bostezar y contestó despreocupadamente:

- Es que a mí no me gustan. Además estoy muy resfriado.

La foca le guiñó un ojo a Federico y habló en voz baja: No le hagas caso, tiene la cabeza hueca y no sabe el significado de las palabras que dice. El loro no prestó atención al comentario y se puso a silbar una canción antigua.

- ¿Vas a ir a la fiesta?, preguntó el niño a la foca.

- Tengo muchos deseos, pero me siento muy bien aquí; además estoy muy resbalosa. - ¡Espera, tengo que escribir algo!, gritó



la foca, sumergiéndose nuevamente en el agua. El niño vio cómo nadaba y se dirigía a un rincón en el fondo de la piscina donde había una máquina de escribir. La foca comenzó a tocar las teclas con la punta de la nariz y a mirar hacia arriba para ver si la estaban observando. El loro se había quedado dormido y Federico, impaciente, se despidió y salió por una puerta que daba al desierto de arena. ¡Qué secretaria más extraña tiene el hipopótamo! - dijo el niño y se alejó de allí.

Era ya de noche y a Federico le llamó la atención lo rápido que había pasado el tiempo; decidió ir nuevamente hacia el bosque. Había caminado un buen trecho, cuando por entre las ramas divisó una casa en ruinas, como si se hubiera quemado tiempo atrás. En el centro de ella había luz y al aproximarse, descubrió a dos raros personajes que estaban jugando dominó. Estaban alumbrados por un farol que colgaba de una viga. Se imprecaban mutuamente y lanzaban las fichas

a la mesa con gran energía haciendo mucho ruido. Uno de ellos era de edad y su rostro estaba enfurecido. Vestía un traje marrón oscuro, tenía un sombrero de paja amarilla y era de baja estatura. El otro era relativamente más joven y parecía un estudiante tropical porque estaba vestido con colores chillones. El niño se puso a observar cómo jugaban y se dio cuenta de que ponían cualquier ficha sin que coincidieran los números. Además, cada vez que lo hacían, se miraban encolerizados. De improvviso, el viejo empezó a dar gritos de rabia y levantándose de la silla comenzó a pasearse agitadamente.

- ¡No puedo más! ¡Negro del demonio! ¡Otra vez me has ganado!

El estudiante tropical se puso a reír con una voz aguda, pero al mismo tiempo miraba de reojo al viejo porque le tenía un poco de miedo.

- ¿No te he dicho que no debes ganarme cuando estoy de mal



humor? - vociferó el viejo.

- No es para enojarse tanto, le replicó el estudiante, revolviendo las fichas. El viejo se sentó nuevamente y comenzó a jugar con más furia.

Federico pensó que éste podría ser el Abogado Enérgico y le preguntó:

- Perdón señor, ¿es usted el Abogado Enérgico?

El viejo lo miró y no le contestó, luego siguió jugando como si no lo hubiera visto. Federico muy tímido comenzó a balbucear: A mí me manda el hipopótamo que está dándose un baño de vapor en el castillo de... Ese que tiene las paredes...

- ¡Basta!, gritó nuevamente el Abogado, - ¡otra vez...! Otra vez me ganaste negro infernal. ¿Cuántas veces te he dicho que no pongas los seis con los cuatro sino con los uno?

El estudiante se puso a reír temerosamente y el niño también.

Luego Federico, más envalentonado, dijo:

- Señor Abogado, ¿no tiene una invitación para la fiesta de esta noche? El abogado, sin mirarlo metió un mano al bolsillo, sacó de la cola a un ratoncito blanco y se lo pasó.

El niño lo tomó entre sus manos y dio las gracias. Iba a preguntar si ese ratón correspondía a la tarjeta de invitación pero no se atrevió porque ya estaban jugando nuevamente otra partida y optó por retirarse antes de presenciar el nuevo ataque de rabia del Abogado Enérgico.

Federico estaba asombrado por la actitud de estos personajes y al recordar sus gestos se puso a reír, pero tuvo vergüenza de estar riéndose a solas y decidió pensar en otra cosa. ¿Dónde estaría su gato? A lo mejor lo encontraría en el banquete. Siguió caminando por el sendero del bosque, que ahora estaba adornado con faroles chinescos de hermosos colores.

Llegó a un cruce. Estaba pensando qué camino seguir, cuando a lo lejos divisó un punto que venía corriendo a gran velocidad e iba a pasar frente a él. ¡Eh! ¡Espere! ¡Tengo que preguntarle algo...!, alcanzó a decir el niño pero el puntito se había agrandado y había pasado tan veloz frente a él que sólo vio una sombra. Ésta se alejó tan rápidamente como había aparecido.

Federico no sabía el significado de todo esto y estaba cavilando sobre ello cuando apareció otro punto que se acercó y pasó como el primero. Y así cruzaron varias de estas misteriosas sombras que pasaron delante de él a gran velocidad sin que pudiera observar quiénes eran.

El niño confuso y enojado decidió atrapar a una de ellas y en cuanto apareció la siguiente se puso en el medio del camino y trató de cogerla. De súbito oyó unos chillidos y notó que tenía algo entre sus manos, a pesar de que la sombra había seguido su camino. Cuál no

sería su sorpresa cuando constató que había cogido por las orejas a un pequeño conejo de color café claro. Éste trataba desesperadamente de liberarse de su dueño.

La sombra que había seguido su camino, al oír los chillidos del conejito se detuvo y retrocediendo rápidamente llegó de nuevo donde Federico.

Entonces el niño se dio cuenta de que era una hermosa liebre gris de suaves ojos negros que lo miraba indignada. Vestía un traje también gris con falda larga, blusa blanca de encajes y guantes hasta los codos. Usaba un sombrero de terciopelo azul oscuro con un velo que le caía sobre la cara. Alrededor de sus faldas había seis conejitos que observaban asustados al niño y a su hermanito prisionero.

- ¿Por qué has cogido a Pedrito?, preguntó indignada la liebre.

- No quería hacerle daño, solamente deseaba preguntar acaso han visto a mi gato negro, respondió Federico, soltando al conejito.

ALICIA

Liebre

de los
Espinos



La liebre pareció serenarse y acariciando a Pedrito le respondió que no había visto ningún gato. Luego le dijo que la excusara por no darle mayores explicaciones, tenía que irse rápidamente pues iba atrasada al banquete. Federico le preguntó si podría acompañarla, ya que él tenía una tarjeta de invitación a la fiesta.

- Tómate de la mano de uno de mis hijos, respondió la liebre. Estos se habían puesto en fila detrás de la mamá. ¡Pronto, que es muy tarde! El niño se cogió de la mano de Pedrito, (que era el último) y partieron a gran velocidad.

Federico sintió que volaba y sus pies no tocaban el suelo. Los árboles pasaban rápidamente a su lado y apenas podía distinguirlos del camino. Después de algunos minutos de vertiginosa carrera llegaron a un claro también iluminado por faroles chinescos. Allí había una larga mesa cubierta con un mantel blanco; alrededor de esta

mesa estaban sentados cientos de animalitos de diferentes especies. A la entrada había un pato amarillo muy gordo, vestido de frac, que golpeaba en el suelo con un bastón anunciando a los que llegaban. Cuando se acercó la liebre, el pato se puso unos anteojos y empezó a contar a los conejitos; cuando llegó a Federico abrió muy grande los ojos y le preguntó quién era.

- Soy Federico, balbuceó el niño, luego metió la mano al bolsillo, sacó al ratón por la cola y se lo mostró al pato. Éste se puso a reír y una vez que terminó de hacerlo le dijo al niño al oído: Espera, no te impacientes. Luego, golpeando con su bastón en el suelo, anunció con voz ronca:

- ¡Alicia, la liebre de los Espinos, Condesa de Ranckfort!

Federico estaba impaciente por entrar y sentarse a la mesa. Al observar alrededor con mayor detención, distinguió a varios de sus amigos: La ardillita celeste, al hipopótamo y otros. Como el pato

continuaba no haciéndole caso, se adelantó y fue hacia la mesa cerca del hipopótamo. Éste conversaba acaloradamente con un lagarto que tenía de vecino. Cuando vio a Federico se alegró mucho y lo invitó a sentarse a su lado.

- ¿Te gusta la ensalada de betarragas?, le preguntó al niño. A Federico no le agradaba mucho, pero asintió afirmativamente con la cabeza porque pensó que él estaba de visita y el hipopótamo era muy grande e infundía respeto.

Nuevamente el pato amarillo anunció a un invitado. A juzgar por los comentarios de los presentes, era un importante señor.

¡Toc! ¡Toc! ¡Toc! - ¡El Conejo Verde! ¡Marqués del Valle de Los Mirlos!

El niño lo observó asombrado. Había llegado un personaje muy extraño. En verdad era un conejo y verde. Su cara arrogante y triste reflejaba un mirar inteligente, algo melancólico. Estaba vestido



MARQUES

del
VALLE
de
LOS MIRLO
FOG

como un caballero antiguo, con medias de seda verde, zapatos con hebilla de plata, espada al cinto, una capa y sombrero con plumas. Entró pausadamente y se sentó al lado de una Reina. Federico estaba maravillado; observó al conejo con atención y descubrió que sus ojos eran rojos. - Es un gran príncipe - pensó. Y así, uno por uno, continuó observando a los demás animales que allí había. A la cabecera de la mesa estaba Su Majestad, la Reina; una señora de algunos años pero hermosa. Al niño le pareció haberla visto antes en la baraja de naipes ingleses que tenía en su casa. En esos instantes el pato golpeó con su bastón y anunció:

¡Carlos Eugenio! ¡Duque del Corazón Naranja!

Entró un personaje muy singular, vestía igual que un “jaco” de naipes y en su vestido tenía una insignia como una torrija de naranja en forma de corazón. Era éste muy hermoso. También fue a sentarse al lado de la Reina.

EUGENIO



DUQUE
del CORAZON
NARANJA

El hipopótamo estaba masticando glotonamente otra ensalada de betarragas y no se preocupaba mucho de los que estaban a su alrededor. De su espalda y cuello brotaban gotas de sudor rojo. A Federico le llamó tanto la atención este hecho, que no pudo dejar de tocar una gota con el dedo.

- Veo que te causa curiosidad - dijo el hipopótamo - hablando con la boca llena de comida. No te extrañes, nosotros transpiramos así.

De pronto la Reina habló y hubo inmediato silencio.

- He recibido noticias que ha habido muchas discrepancias entre los dos principados de mi reino. Estas discrepancias han sido creadas por mis dos hijos. Al decir estas palabras miró severamente al Conejo Verde y al Duque Carlos Eugenio. Ambos permanecieron callados y bajaron el rostro respetuosamente.

Federico no sabía a qué se refería la Reina y le preguntó a una

paloma de un suave color marrón, que estaba sentada a su lado, qué quería decir "descrampancia"; la paloma lo miró muy nerviosa y lo hizo callar con un gesto de la punta de una de sus alas. La Reina continuaba hablando y su rostro reflejaba enojo.

El niño nuevamente preguntó a qué se refería la Reina, pero no le hicieron caso. Entonces el lagarto que estaba al frente, le cuchicheó: El Conejo Verde y el Duque Carlos Eugenio son hijos de la Reina y están enamorados de la Princesa María Cristina. Federico recordó que esta princesa era la hermosa ardillita celeste. Y - continuó el lagarto - han estado a punto de batirse a duelo por ella.

El ambiente se había puesto tenso. Una perdiz que estaba sentada más allá, comenzó a sofocarse y muy asustada gimió con voz temblorosa: Se van a batir, se van a batir a duelo, ¡lo presiento! ¡Lo estoy presintiendo! ¡Tengo deseos de volar! ¡Quiero echar a volar!

¡Quédate tranquila Josefina! - la amonestó una patita negra de

cara blanca, como si estuviera empolvada- . No seas tan nerviosa y tómate una copa de agua.

La angustiada perdiz vació su copa y se puso a tiritar muy afligida.

Me han dicho, prosiguió la Reina, que algunos de ustedes han deseado beber el rojo elixir del tiempo. Eso está prohibido estrictamente en nuestro reino. Luego, dirigiéndose al Duque, fijó severamente sus ojos y le preguntó: Dime Carlos Eugenio, ¿es cierto que tú has deseado beberlo?

El Duque bajó los ojos y respondió molesto: No madre, eso te lo ha dicho mi hermano el Conejo. El Conejo se puso verde pálido de ira y levantándose de la mesa violentamente gritó:

¡Mientes, Carlos Eugenio! ¡Yo nada le he dicho a mi madre ni menos tus intenciones de batirse a duelo conmigo!

Carlos Eugenio se puso blanco y levantándose también de su

asiento le tiró un guante al Conejo y éste desenvainó su espada. Hubo una consternación general y Josefina, la perdiz, echó a volar asustando aún más a los invitados. A la romántica patita de la cara empolvada se le puso la cara rosada y miró con angustia a Federico. En esos instantes el pato golpeó nuevamente con su bastón y anunció al Gran Chamberlán Sedosín, Barón de los Cerros de Lampa. Federico vio entrar a un hermoso zorro rojo que vestía de negro y blanco. El zorrito rojo venía algo agitado e inclinándose graciosamente ante la Reina le pidió excusas por llegar tarde.

- A buena hora llegas Sedosín - contestó la Reina - para que termines esta estúpida rivalidad entre mis dos hijos.

El zorro, al parecer era un personaje muy importante, porque ante un sólo ademán, los dos nobles caballeros envainaron sus espadas y se sentaron en sus puestos.

Federico en esos momentos sintió un suave arañazo en una

de sus piernas y al mirar debajo de la mesa se encontró con la cara de su gato que lo estaba mirando.

¡Fernandín!, exclamó el niño, lleno de felicidad. ¿Adónde te habías ido?

- ¡Chisst!, dijo Fernandín, en voz baja, no me han invitado y por eso estoy escondido debajo de la mesa.

- ¿No te dieron una tarjeta de invitación?, preguntó el niño.

- No, dijo el gato con desagrado, no la quise aceptar. Le tengo asco a los repugnantes ratones.

- ¡Ah!, me había olvidado que te eran antipáticos, replicó Federico, muy alegre de ver nuevamente a su amigo el gato.

- Ven, siéntate a mi lado que todo esto está muy entretenido.

El gato se sentó al lado de Federico y comenzó a lamer el jugo de una ensalada. Una vez hecho esto, se puso a conversar con Beatriz, la paloma de color café con leche, sobre ese misterioso elixir del

tiempo. Beatriz le explicó muy amablemente que ése era un licor que fabricaban los gnomos de la montaña de cristal, pero ella no sabía qué efecto hacía en los que lo bebían, pues estaba prohibido hacerlo.

Empezaba a aclarar y muchos de los comensales se habían retirado. Fernandín invitó a Federico a dar una vuelta por los alrededores y a explorar aquella montaña, donde habitaban los gnomos fabricantes del discutido elixir.

Beatriz, la paloma, les insinuó que se embarcaran en un bote que estaba en el río, cerca de ese lugar. El río corre bajo tierra hacia una laguna que está situada en el centro de unas altas montañas, les dijo.

Federico y el gato se alejaron de la mesa del banquete y después de un corto trayecto llegaron al bote, lo echaron al agua y se embarcaron. Siguieron la corriente y ésta se hizo cada vez más rápida a través del bosque. Al salir de él, atravesaron una inmensa pradera y

llegaron al pie de las montañas azules. Allí, el río se introducía por un túnel bajo la tierra. El bote avanzó entonces lentamente por esas aguas profundas. El gato halló una antorcha en la embarcación, la encendió y gracias a ella pudieron ver por dónde iban navegando.

El túnel se había ensanchado y del techo bajaban enormes y puntiagudas agujas de cuarzo transparente y otras blancas. En las paredes estaban pintadas figuras de animales que el niño nunca había visto. Parecía que las habían dibujado mucho tiempo atrás. Navegaron varias horas y el niño y el gato, rendidos por la fatiga se quedaron dormidos. De vez en cuando el silencio era interrumpido por el revolotear de bandadas de enormes murciélagos que eran molestados por la luz de la antorcha.

Federico no supo cuánto tiempo durmió, sólo recordó haber despertado a la luz del día con el humear de la antorcha semiapagada. El agua del río era nuevamente cristalina y en el fondo pudo observar



cardúmenes de hermosos peces escondiéndose entre las algas y rocas...

- Despierta Fernandín - le dijo al gato - parece que vamos llegando.

En efecto, la caverna desembocaba en una gran laguna cuyas orillas eran precipicios rocosos de altísimas montañas. El agua era muy fría y de color verdoso. El niño tomó unos remos que estaban en el fondo del bote y se dirigió hacia la orilla.

Era mediodía, Federico y Fernandín se tendieron encima de una roca para calentarse al Sol. Todo era tranquilidad en esa región. Solamente interrumpía el silencio el ruido de una angosta y elevada cascada de agua que se desprendía de la cima de una montaña para ir a caer a la laguna. Federico sintió hambre y mientras el gato ronroneaba con los ojos a medio cerrar, el niño decidió inspeccionar los alrededores.

Después de saltar por algunas rocas, descubrió un sendero que subía hacia la montaña. Pronto dejó la laguna muy abajo, sin embargo siguió caminando hasta que, agotado por tanto esfuerzo, se puso a descansar a la sombra de unos arbustos.

Así estaba, cuando oyó unos pasos que se dirigían hacia él y decidió esconderse detrás de una roca para espiar al que se acercaba.

Instantes después, apareció un hombrecito rechoncho y de baja estatura. Tenía una larga barba blanca y su piel era azulada. Vestía una casaca también blanca y calzaba gruesos zapatos de cuero negro. Traía un pesado barril sobre sus hombros que lo hacía resoplar fuertemente. Pasó delante de Federico y éste decidió seguirlo para ver hacia dónde se dirigía. El misterioso hombrecito se perdió detrás de una roca y el niño tuvo que caminar muy rápido para no perderlo de vista. A pesar de ello, el viejo estaba cada vez más distante y llegó un momento en que Federico lo dejó de ver.

El niño, fastidiado, continuó su camino y de improviso se encontró en un paraje totalmente extraño. Las rocas parecían relucir como si fueran de cristal. El Sol ya se escondía, tiñendo de rojo el cielo. Allá, muy lejos, se veía la cascada de agua descender lentamente hacia la laguna. De vez en cuando, se oía el crujido de una ramita que algún pájaro había quebrado al saltar entre los arbustos. Arriba, en el cielo iluminado por el atardecer, un ave de rapiña que planeaba majestuosamente, dio un estridente y agudo grito que fue a perderse en las montañas.

Empezaba a hacer frío y una suave brisa se hizo sentir entre los riscos. La noche se venía encima y Federico decidió continuar su camino por si encontraba al viejo del barril.

Ya oscuro, llegó a un bosque de grandes arbustos y se internó en él. Después de caminar un trecho, divisó una fogata y alrededor de ella había un grupo de hombrecitos iguales al que había encontrado en

el sendero. Éste había dejado el barril en el césped.

- Queridos hermanos - dijo con voz cansada - ha llegado la hora de reunirnos otra vez para mantener en el mundo el espíritu de la realidad.

- ¿Hay suficiente elixir?, preguntó uno de los viejos.

- Sí, Sentido Común, respondió el viejo del barril, que parecía el jefe de todos.

- Dime Responsabilidad, ¿has traído los vasos?

- No los he olvidado, dijo el aludido. Mi hermano Máximo Rendimiento me ayudó a traerlos.

- Pues comienza a servir, hermano Trabajo.

El viejo que así se llamaba, destapó el barril y empezó a llenar unos vasos que sacó de un canasto, con un líquido café rojizo que parecía vino añejo. Luego brindaron y bebieron y así siguieron hasta dar francas muestras de embriaguez. Algunos ya dormían y un viejo

que se llamaba Guerra, gritaba amenazante como un loco, totalmente borracho. Minutos después quedaron todos roncando, tendidos en el pasto.

Federico salió de su escondite e iba hacia la fogata, cuando oyó que alguien detrás de él lo llamaba. Dio media vuelta y descubrió a su amigo el gato que lo había seguido hasta allí.

- ¡Fernandín!, exclamó el niño - ven a ver lo que ha pasado, ¡todos estos viejos están borrachos!

El gato comenzó a olfatearlos, miró a Federico y ambos se pusieron a reír a carcajadas.

El niño tomó un vaso con licor y bebió un sorbo. Era dulce y exquisito. Al principio nada sintió, pero luego comenzó a arderle el estómago y a latirle el corazón muy fuertemente.

Tuvo una sensación extraña en todo el cuerpo, sintió que la cabeza le zumbaba y que los objetos a su alrededor giraban

vertiginosamente.

Federico estaba asustado y de improviso dio un grito y se desplomó al suelo sin conocimiento. Empezó a soñar y tuvo una terrible pesadilla. Sus padres eran ancianos y él era ya un hombre. Su perro Duende había muerto hacía mucho tiempo, después de envejecer lentamente. Lo vio muy flaco y tembloroso, con los bigotes canosos. También vio cómo todos los personajes del banquete de la Reina se despojaban de sus vestiduras y se escondían temerosos en el bosque. La Reina y el Duque Carlos Eugenio se transformaban en simples imágenes de naipes. Vio a Alicia, la Liebre Gris de los Espinos, correr por la pradera y caer mortalmente herida por el tiro de un cazador. Fernandín maullaba lastimeramente pero Federico ya no podía comprender su lenguaje. El niño lo llamaba, pero el gato lo miraba asustado y se alejaba corriendo.

¡Fernandín!, gritó el niño y despertó llorando.

Se anunciaba una tempestad, corría un fuerte viento y la luminosidad de los relámpagos coloreaba de blanco los árboles y las rocosas montañas. Pronto vino la lluvia copiosa y el viento comenzó entonces a silbar estridentemente. Federico había salido de su profundo sueño. Le dolía la cabeza y estaba empapado por la lluvia.

¡Fernandín!, gritó, pero el gato había desaparecido. ¡Fernandín! ¡Fernandiiiiín!, gritó nuevamente, pero como única respuesta tuvo el ruido espantoso de los truenos. El niño se levantó y se puso a buscar a su amigo, mas nadie había allí, ni siquiera las copas y el barril.

Federico desesperado, comenzó a vagar por el bosque. A cada instante veía a los árboles tomar la imagen de enormes monstruos que se abalanzaban hacia él para devorarlo. Sobrecogido por el miedo, se puso a llorar y deseó estar al lado de su madre.

Caminó varias horas, tropezando y cayendo al suelo en

repetidas ocasiones, hasta que de improviso se encontró frente a un inmenso castillo de piedra negra. Estaba la puerta abierta y Federico, rendido por el cansancio, decidió refugiarse en él hasta que pasara la tempestad.

Se internó por una galería, al final de ella había una espaciosa sala y un hogar, al acercarse constató que había dos hombres sentados frente al fuego. Éstos lo alimentaban con leños cada cierto tiempo. Al mirar la chimenea, Federico quedó paralizado de terror porque se dio cuenta de que estaba construida con calaveras humanas. Los dos hombres, sin saludarlo, permanecieron silenciosos. Después de algunos minutos, uno de ellos lo miró y le dijo:

- Vienes con las ropas muy mojadas, ¿acaso te quedaste dormido en el bosque?

El niño no supo qué contestar y sólo balbuceó algunas palabras preguntando si habían visto a su gato Fernandín. Los



hombres se miraron extrañados y uno de ellos respondió:

- ¡Eh abuelo!, acércate al fuego a calentar tus amarillentas barbas.

Federico asombrado, se pasó las manos por la cara y descubrió que ésta estaba cubierta por una larga barba, entonces captó el significado de las palabras de los hombres. Aturdido con tantas emociones, lo único que se le ocurrió fue sentarse frente al hogar y sacarse los zapatos y la ropa para calentarla. Los hombres permanecían callados; sólo se oía el crepitar del fuego. En el fondo de la sala había unos muebles antiguos cubiertos de polvo y más allá una puerta. Uno de los hombres le preguntó cómo había llegado a ese lugar y Federico les contó en pocas palabras sus recientes aventuras. Los dos hombres continuaron contemplando las llamas y apenas lo escucharon.

Después de un largo silencio, uno de ellos bostezó y le dijo:

Anda por esa puerta y busca al Doctor, él te puede ayudar a encontrar tu gato.

El niño se vistió y abriendo la puerta que le habían señalado recorrió otra galería, hasta llegar a una sala con otra puerta igual a la anterior. La abrió con temor y se encontró ante un inmenso laboratorio donde había toda clase de frascos y tuberías de vidrio que contenían misteriosos líquidos burbujeantes. En ese aposento, cuyas paredes estaban cubiertas de estantes con libros, se encontraba trabajando un anciano de cansado y arrugado rostro. El niño se acercó al sabio y éste lo saludó por su nombre sin mirarlo.

- ¿Usted es el Doctor?, preguntó el niño con timidez.

El Doctor lo miró bondadosamente y sonrió - Dime, ¿cómo te apareció esa barba?

- No sé, respondió el niño, recién me he dado cuenta de que la tenía.

- ¡Hum! ¡Hum!, musitó el viejo; veo que te has encontrado con los extraños personajes de Rip van Winkle que también habitan en esta región. Seguramente has bebido el elixir del tiempo y has envejecido. Has de saber que mientras dormías han transcurrido muchos años. Esa es la causa de que no hayas encontrado a tu gato. Él ha muerto hace ya bastante tiempo.

Federico se afligió mucho por esta noticia y se le llenaron los ojos de lágrimas. Entonces - dijo - ¿no lo veré nunca más?

- Nunca más, replicó el Doctor, a no ser que... Que desees ser niño nuevamente.

- Sí, siií, dijo Federico sollozando, quiero ver a mi mamá y a mi perro Duende.

- Bueno, bueno - replicó el sabio - no te aflijas tanto. Espera, te voy a dar el antídoto con el que volverás a ver a tus amiguitos. El Doctor fue a una mesa y tomó un frasco en el cual había un hermoso

líquido verde. Echó algunas gotas en un vaso con agua y se lo entregó al niño. Bébelo - dijo - te hará bien.

Federico tomó el vaso con ambas manos y lo bebió con ansias. Era exquisito y tenía un sabor que era una mezcla de almendras, menta y frambuesas. El Doctor se puso a reír a carcajadas y con una mano le sacó las barbas de un tirón.

- Dime niño, ¿quién te puso estas barbas postizas? Federico estaba dichoso y abrazándose a las piernas del viejo le dijo, Doctor, ¿volveré a ver a mi gato?

- Sí, mi sobrino querido, le dijo el anciano, dándole un beso en la mejilla. Ahora estás muy cansado. Vamos, acompáñame a cenar, luego te irás a dormir y mañana viajarás hacia el valle en compañía de tu gato y un burro.

El mago tomó de la mano a Federico y caminaron a otra sala donde había una mesa adornada con un hermoso mantel y alumbrada

por dos candelabros de plata. Se oía una suave música y ambos se sentaron a comer en silencio. Había exquisitos manjares. De postre se sirvieron castañas con crema y otras frutas que agradaron mucho al niño. Federico se sentía feliz y después de satisfacer su hambre se quedó dormido sobre la mesa. El sabio lo miró cariñosamente, lo tomó en brazos, lo llevó a una cama y lo acostó; luego le dio un beso en la frente, cerró la puerta y se fue a su laboratorio.

El Sol estaba en la ventana y Federico despertó completamente repuesto de sus pasados sufrimientos. En el velador había una taza de té con tortas, pan tostado con mantequilla, mermelada, huevos fritos etc... El niño empezó a comer glotonamente saciando una vez más su apetito, y de improvisto se abrió la puerta y apareció el sabio con el gato Fernandín.

- ¡Fernandín!, exclamó el niño y corrió a abrazarlo. Mucha felicidad tuvieron ambos de volverse a ver y el mago complacido ante

tanta amistad les dijo: Está todo listo para bajar al valle. El burro los dejará en la orilla de un pantano, ahí encontrarán una balsa en la cual atravesarán el pantano y llegarán al bosque. Diríjense hacia la puerta transparente y atraviésenla sin demora, porque los van a culpar a ustedes de los muchos contratiempos que han ocurrido ahora último.

Diciendo esto, condujo a los dos amigos al patio del castillo donde había un hermoso burro de color rosado. Se montaron en él y se despidieron del bondadoso Doctor. El burro comenzó a bajar lentamente por un sendero que serpenteaba por entre las rocas hasta que perdieron de vista al castillo. Así anduvieron toda la mañana, siempre bajando hacia el valle. El burro empezó a dar resoplidos y a sudar y después se quejó: ¡Ay de mí, esto me ha de pasar por tener el pelaje tan rosado!

- Dime, ¿has visto alguna vez a un burro que tenga mi color?, le preguntó a Federico.



TCC

El niño le respondió que nunca había visto un burro así. Eso lo llenó de orgullo y muy alegre se puso a cantar una burrual canción:

*Soy un burro rosado,
de tripas amarillas.
Mis dientes son azules
y mis huesos colorados.*

El gato iba al anca y haciéndole un guiño a Federico, le preguntó, - Oye “burreque”, ¿cómo sabes que tienes las tripas amarillas y los huesos colorados?

El burro se quedó perplejo y mirando hacia la lejanía se sentó y se puso a cavilar. Federico y el gato se dieron un buen porrazo y mitad riéndose y mitad enojados, le dijeron que no debería sentarse a pensar, o por lo menos que les avisara para no caer al suelo porque estaba muy duro, pero el burro no les hizo caso y continuó pensativo tratando de aclarar su nuevo problema.

No costó mucho poner en cuatro patas al burro y convencerlo de que en realidad tenía las tripas amarillas y así reanudaron el viaje. Hacía mucho calor y los aventureros deseaban llegar luego al pantano donde creían que estaría más fresco.

Serían las dos de la tarde cuando lo avistaron y el burro trotando terminó por fin su fatigoso viaje. El niño y el gato bajaron de su cabalgadura y se sentaron a descansar en una pequeña playa de arena húmeda y gris. Cerca de ahí estaba la balsa. Después de despedirse de su amigo - que se quedó tranquilamente pastando en la orilla - se subieron a la balsa y comenzaron a navegar impulsándola con una larga varilla. El pantano era muy peculiar, sus aguas eran turbias y calientes y estaban cubiertas en gran parte por trigo y totora que salía a la superficie. Al remover el negro cieno, salían burbujas del fondo que impregnaban el aire de olor a azufre. Así, hundiendo la pértiga avanzaron lentamente por esas soledades.

El Sol quemaba fuerte y el aire era tibio. Bandadas de patos y blancas garzas cruzaban el cielo. En algunos bajos Federico observó las aletas de grandes truchas que habían quedado varadas por la poca profundidad del agua. Éstas hacían un agradable ruido al tratar de nadar hacia aguas más profundas. La balsa pasó junto a un reloj que indicaba las tres de la tarde. Había sido plantado en medio del agua.

Cuando el niño estaba pensando en lo inmenso que era el pantano y no se le veía fin, se oyó un resoplido y apareció un enorme lomo.

- ¡Mira! - gritó el gato - "un hipopótamo". Éste miró a los viajeros y pareció sonreír; luego se sumergió nuevamente. ¿Sería el que vi en el Castillo de Naipes?, pensó Federico, pero el enorme animal ya se había hundido en el agua y el niño no alcanzó a reconocerlo. Así fueron emergiendo muchos otros grandes animales: Rinocerontes, elefantes, chanchos y búfalos que estaban mitad



sumergidos, refrescándose del intenso calor que había en esos parajes.

Federico de vez en cuando los pinchaba con el palo y éstos refunfuñaban enojados y se sumergían nuevamente. El agua se iba haciendo cada vez más clara y parecía correr. Por entre las algas se refugiaban cardúmenes de peces de gran variedad de colores que huían asustados por la sombra que proyectaba la balsa. A Federico le llamó la atención unos azules y otros con rayas blancas y negras que eran muy hermosos y juguetones.

La corriente había llevado a la balsa al interior de un bosque y el niño - por las características de algunos de sus árboles - se dio cuenta de que no estaba muy lejos del sitio donde habían comenzado sus aventuras. Desembarcaron en la orilla de un remanso e inmediatamente empezaron a buscar la puerta luminosa. En eso estaban, cuando de un matorral apareció una cara que los miró fijamente. Era Sedosín el zorro rojo. Después de observarlos salió de

su escondite y gritó: ¡Alto! ¡Entréguense a la justicia!

Federico, molesto por esta orden, le preguntó al zorro por qué tenía esa actitud. Sedosín pareció extrañarse ante la pregunta y contestó secamente que alguien había bebido en el Reino el elixir de los viejos de la montaña. Este acto ha sido la causa de que hayamos sido invadidos por seres humanos que vienen de un mundo sin imaginación distinto al nuestro. Llegaron cazadores e hirieron mortalmente a Alicia, por suerte se salvó y ahora está mejor en el hospital. Además, el Conejo Verde se ha batido a duelo con Carlos Eugenio, y este último ha sido atravesado por la espada del Conejo, el cual ha quedado ante todos como un picarón.

Federico quedó consternado con estas noticias, porque se sentía culpable de que hubieran sucedido por haber probado el elixir. Así se lo manifestó al zorro, el cual, dando un aullido de rabia, dio una orden y de los matorrales salieron diversos animales que se

abalanzaron enfurecidos hacia los dos aventureros.

- ¡Pronto! - gritó el gato - ¡Hacia la puerta! ¡ Está hacia allá!

Federico corrió en la dirección que le indicaba Fernandín y llegaron rápidamente al claro donde estaba la luminosa puerta transparente. El niño y el gato saltaron a través de ella perseguidos muy cerca por los animales. Una vez que estuvieron al otro lado oyeron un griterío y vieron patas, colas y hocicos que se asomaban a través de la puerta y volvían a desaparecer. Después se escucharon unas voces y un jadeo, como un animal que estuviera muy cansado.

- ¿Dónde se habrán metido?- Dijo alguien.

- Por aquí no han pasado - respondió otra voz. ¡Eh!
¡Búsquenlos detrás de ese matorral!

Después de un rato, las voces se alejaron y la puerta fue borrándose lentamente hasta desaparecer.

- Vamos, dijo el niño a su gato; ya es muy tarde...

Se encaminaron por un sendero que los sacó del bosque y a lo lejos avistaron la casa. Atardecía y Federico echó a correr. Atravesó el huerto y se dirigió a la cocina. Su perro Duende lo fue a recibir ladrando alegremente. El niño lo abrazó muy feliz de volverlo a ver. En eso estaba cuando oyó la voz de su madre que le decía:

- Dime, ¿dónde te habías metido durante todo el día? ¿Por qué vienes tan sucio? ¿Adónde fuiste? En castigo te dejaré sin postre. Ven, que está listo el baño.

Federico subió la escalera tomado de la mano de su madre. ¡Qué agradable sensación la de sumergirse en el agua tibia con bastante espuma! Cenaría en la cama y después se pondría a dormir como un tronco.

¿Y el postre?

Buenas noches.

Fin



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 25490. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

Las asombrosas Aventuras de Federico y otros cuentos maravillosos.

1. Federico
2. Juanita y el Duende Negro
3. Alejandra y el Brujo de los Pantalones Morados
4. Una Vida, Cien Vidas, Infinitas Vidas. El Pato Gordo y el Pescador
5. La Puerta Transparente
6. Mariela
7. Rodrigo y el Hospital de las Brujas
8. El Payaso
9. Un Misterioso Plato de Miel
10. La Gallina de las Tripas de Bronce
11. Miguelina
12. La Caperucita Rosada
13. Tarari Tarará
14. Fortunata y el Príncipe de los sapos
15. Ingrid y los Siete Gansos
16. La Flauta de Oro
17. El Cumpleaños de Cristina
18. Una Voz en el Bosque
19. El Caracol Nacarado
20. Anabella y el Duende Azul
21. Extraño Viaje
22. Pin Pin
23. La Bruja Roja y el Sastrecillo Mentiroso
24. El Caballo Encantado de Viña del Mar
25. La Muñequita
26. El Príncipe Rojo
27. El Valle del Brujo Blanco
28. El Hada Azul
29. La Grandiosa Sinfonía de la Niebla y la Hija de la Música
30. El Baúl de las Hadas
31. La Receta de Cocina
32. Los Invasores
33. Monsieur Le Coucourouch
34. El Gato de Camila y las bellísimas Chinchillas
35. Un regalo para la princesita
36. La Misteriosa casa de Under
37. La Fiesta de la Cebolla
38. La Imagen de la Bruja Elevada a la Séptima Potencia
39. El Duque de la Naranja y la Emperatriz Mandarina
40. Marietta
41. El Salterio Volador
42. Los Saltimbanquis
43. El volantín tricolor y el conejo con hipo
44. Adelina